

poner en práctica, esto es el desembarque. Así es que le causó sumo gozo aquel primer paso, y se apresuró á secundar los deseos del ministro inglés.

Sin esplicarse acerca de las condiciones, dió á entender en su respuesta que disputaria muy poco á Inglaterra las conquistas que habia hecho (recordarán nuestros lectores que retuvo á Malta y se apoderó del Cabo), que Francia por su parte habia dicho cuanto tenia que decir á Europa en el tratado de Presburgo, y que ninguna otra cosa pretendia, por lo cual debia ser fácil sentar las bases, si es que Inglaterra no tenia miras particulares é inadmisibles con respecto á los intereses comerciales.—El emperador está persuadido, decia Mr. de Talleyrand, que la verdadera causa del rompimiento de la paz de Amiens no es otra que el haberse negado á celebrar un tratado de comercio, y debeis saber que aunque el emperador quiere la union bajo ciertos aspectos comerciales, á ser esto posible, no admitirá ningun tratado que perjudique á la industria francesa, á la cual trata de proteger por medio de cuantos impuestos ó prohibiciones puedan favorecer su desarrollo. Lo que pide es que le dejen en libertad de hacer en su casa lo que tenga á bien, lo que crea útil, sin que ninguna nacion rival esté autorizada á decir que es malo.

En cuanto á la intervencion de Rusia en el tratado, Napoleon declaró positivamente que no la queria, porque entraba en sus principios diplomáticos hacer las paces con cada nacion por separado, y estos principios eran tan justos como hábilmente imaginados. La Europa siempre em-

pleó contra Francia el medio de las coaliciones, y hubiera sido favorecer á estas admitir negociaciones colectivas, porque era prestarse á la condicion esencial de toda coalicion, la cual prohibe á sus miembros tratar aisladamente. Así es que Napoleon, que en la guerra procuraba encontrar á sus enemigos separados, para batirlos uno por uno, debia buscar en la diplomacia el encontrarlos en igual posicion, y por lo mismo se negó abiertamente á todas las ofertas que le hicieron de negociar colectivamente, en lo cual tuvo razon, sin perjuicio de apartarse de este principio de conducta, en caso de que Mr. Fox tuviese compromisos que no le permitieran tratar sin la Rusia. Despues de sentar Napoleon por principio que la negociacion habia de hacerse por separado, dijo ademas que se hallaba dispuesto á escoger para sitio de dicha negociacion, no Amiens, que recordaba bases de paz abandonadas ya, sino á Lila, y á enviar allí sin detencion un ministro plenipotenciario.

Mr. Fox replicó al momento que lo primero que se habia manifestado al empezar aquellas conferencias, era que la paz fuese honrosa para ambas naciones, y que no lo seria para Inglaterra si se trataba sin la Rusia, pues estaba formalmente comprometida, por un artículo de tratado (aquel que constituia la coalicion de 1805), á no celebrar paz alguna por separado. Dijo ademas que si Francia tenia un principio, cual era el de no autorizar las coaliciones por su modo de negociar, Inglaterra tenia otro, que era no dejarse escluir del continente, prestándose á la disolucion de las alianzas continentales, y que sobre este

punto eran tan desconfiados en Inglaterra como podian serlo en Francia acerca del artículo de las coaliciones. Mr. Fox, que con todos sus despachos oficiales enviaba una carta particular, llena de franqueza y lealtad, egemplo que siguió Mr. de Talleyrand por su parte, concluía diciendo que las negociaciones iban á paralizarse tal vez por un obstáculo terminante, y que lo sentía de todo corazon, pero que á lo menos seria legal la guerra, y digna de los dos grandes pueblos que la sostenian. Por lo demas, añadió estas notables palabras:

«Agradezco en gran manera, segun debo, las espresiones de que se ha valido al hablar de mí el grande hombre á quien servis.... Sé que es inútil lamentarse, pero si viese como yo veo la verdadera gloria que tendria derecho á adquirir con una paz moderada y justa, ¡cuánta dicha no resultaría de esto á Francia y á toda Europa!

Lóndres 22 de abril de 1806.

«C. J. Fox.»

Cuando se recuerda, en medio de aquella lucha encarnizada, y que puede llamarse feroz, las escenas sangrientas que entonces tuvieron lugar, descansa el ánimo con gusto en las relaciones nobles y benévolas, que un hombre de bien, tan generoso como elocuente, hizo que hubiese por un instante entre las dos naciones mas grandes del globo, y el alma se llena de mil pesares á cual mas dolorosos é inconsolables.

Hasta á Napoleon conmovia el lenguaje de Mr. Fox, y deseaba sinceramente la paz. En cuan-

to á Mr. de Talleyrand, aunque se engañaba acerca del sistema de nuestras alianzas, nunca sobre el punto esencial de la politica de aquel tiempo, y ni un solo dia cesaba de creer que la paz, en el grado de grandeza á que habiamos llegado, era lo que mas nos interesaba. Esto lo decia con un valor que no solia tener para otras cosas, y hacia vivas instancias á Napoleon para que se aprovechase de la única ocasion que se le presentaba, siendo como era ministro de negocios estrangeros Mr. Fox, de negociar con la Gran Bretaña; pero no le costaba mucho trabajo hacerse oír, pues Napoleon estaba tan dispuesto como él á no desperdiciar aquella ocasion tan feliz como inesperada.

Las circunstancias á mayor abundamiento, se prestaban para vencer el obstáculo que segun todas las trazas iba á paralizar las negociaciones desde un principio, pues habia razones para creer, segun lo que decian, el duque de Brunswick y el cónsul de Francia en San Petersburgo, que inquieto Alejandro con las consecuencias de la guerra, y desconfiando como desconfiaba del silencio del gabinete británico, así como del modo de pensar de Mr. Fox, deseaba se restableciese la paz. El cónsul de Francia envió á París al canceller del consulado para que refiriese lo que sabia, y todo indicaba que iban á abrirse directamente negociaciones con Rusia, en cuyo caso no podria Mr. Fox insistir en el principio de una negociacion colectiva, puesto que Rusia daba el egemplo renunciando á él.

Decidieron, pues, continuar las conferencias con Mr. Fox, valiéndose para este objeto de una

persona intermedia que proporcionó una ocasion venturosa. Desde que Napoleon mandó arrestar á varios ingleses en la época del rompimiento de la paz de Amiens, en represalias de los buques franceses apresados, se hallaban detenidos en Verdun muchos individuos de las familias mas ilustres de Inglaterra; pero nuestro gobierno se portó tambien generosamente con Mr. Fox. Dicho ministro pidió fuesen puestos en libertad bajo palabra de honor algunos de ellos, y aunque no se atrevió á interesarse por todos de una misma manera, Napoleon se apresuró á acoger bien todas sus peticiones, soltando á todos los ingleses designados por él sin escepcion alguna. En recompensa de tan noble proceder, Mr. Fox escogió para devolverles la libertad á los prisioneros mas distinguidos que los ingleses hicieron en la batalla de Trafalgar, esto es al desgraciado Villeneuve, al capitán Lucas, comandante del *Temible*, que se portó como un héroe, y á muchos otros iguales en número á los ingleses puestos en libertad.

Entre los prisioneros devueltos á Mr. Fox se hallaba uno de los señores de Inglaterra mas ricos y de mayor talento, esto es, lord Yarmouth, que despues fué marqués de Hartfort, tory declarado, pero tory amigo intimo de Mr. Fox, y partidario decidido de la paz, porque esta le permitia disfrutar los placeres que se disfrutaban en el continente, y gracias á la guerra estaba privado de ellos. El jóven en cuestion, que tenia relaciones con la juventud mas brillante de París, de cuya disipacion participaba, era muy conocido de Mr. de Talleyrand, quien queria bien á la no-

bleza inglesa, pero sobre todo á la que se hallaba dotada de talento y elegancia, y era aficionada al desórden. No faltó quien le indicase que lord Yarmouth era muy amigo de Mr. Fox y muy digno de obtener la confianza de ambos gobiernos, por lo cual le mandó llamar para manifestarle que el emperador deseaba sinceramente la paz, que era preciso dejar á un lado el aparato de las formas diplomáticas, y entenderse francamente acerca de las condiciones que fuesen admisibles para una y otra parte; que no debia ser muy difícil hallar aquellas condiciones, puesto que no querian disputar á Inglaterra lo que habia conquistado, es decir, Malta y el Cabo; que consiguiente á esto quedaba reducida la cuestion á algunas islas de poca importancia; que con respecto á Francia, se declaraba sin detencion abiertamente; que queria, ademas de su territorio natural, esto es el Rhin y los Alpes, que ya no pensaban en disputárselo, toda la Italia, incluyendo el reino de Nápoles, y sus alianzas en Alemania, con la condicion de devolver su independenciam á Suiza y Holanda, así que se firmase la paz; que en consecuencia no habia un obstáculo sério que se opusiese á una reconciliacion inmediata entre los dos paises, puesto que una y otra debian estar dispuestas á concederse las cosas que acabamos de referir; y que con respecto á la dificultad naciente de la forma en las negociaciones, sobre si debian ser colectivas ó separadas, no tardaria en resolverse, gracias á lo inclinada que se mostraba Rusia á entrar en tratos directamente con Francia.

Habia un objeto capital acerca del cual no se

esplícó el ministro francés, pero dió á entender que al fin diria nuestro gobierno su intencion, de modo que quedase satisfecha la familia real de Inglaterra; y este objeto no era otro que el Hannover.

Efectivamente, Napoleon estaba decidido á restituirlo á Jorge III, resolucion importante que le indujo á formar la conducta de Prusia, cuyo lenguaje hipócrita tendia á presentarla á los ojos de los hannoverianos é ingleses, como una potencia oprimida, á la cual habian puesto un puñal al pecho para que aceptase un reino hermoso, le enfureció en gran manera. En aquel mismo instante quiso romper el tratado de 15 de febrero, obligando á Prusia á que pusiese las cosas en el estado en que antes se hallaban, y á no ser por las reflexiones que le hizo Mr. de Talleyrand y las que el tiempo le sugirió, hubiera dado un escándalo. Otra circunstancia mas reciente contribuyó á separarle abiertamente de la Prusia, que fué el haberse publicado, gracias á lord Castlereagh y á los compañeros que fueron de Mr. Pitt, las negociaciones de 1805. Queriendo vengar la memoria de su ilustre gefe, demostrando que no tomó parte en las operaciones militares, mientras que á él se debia esclusivamente la formacion de la coalicion de 1805, coalicion que salvó á Inglaterra haciendo levantar el campo de Boloña, recurrieron á aquel medio; pero por defender la memoria de su gefe, comprometieron á la mayor parte de las córtes. Mr. Fox se lo reprendió desde la tribuna con mucho calor, atribuyendo á ellos el que se hubiesen alterado todas las relaciones de Inglaterra con las potencias europeas; y efectivamente

todos los gabinetes, cuya conducta se denunciaba á Francia con aquella publicacion imprudente alzaron el grito contra la diplomacia inglesa. Quien mas perdió con aquello fué Prusia, pues las hipócritas declaraciones que acababa de hacer á Inglaterra con respecto al Hannover, las esperanzas que habia dado á la coalicion antes y despues de los sucesos de Postdam, todo se divulgó, pero sin soltar Napoleon una queja siquiera, se contentó con mandar insertar en el *Monitor* aquellos documentos, dejando que cada uno adivinase su modo de pensar acerca de semejante conducta.

Napoleon tenia ya formada su opinion acerca de Prusia, y creia que no valia la pena de sostener una lucha prolongada con Inglaterra, estando decidido por el contrario, á restituir á esta el Hannover, y ofrecer á Prusia una de estas dos cosas, ó un equivalente del Hannover tomado de Alemania, ó la restitucion de lo que habia recibido de ella, esto es, Cleves, Anspach y Neufchatel. Con eso recogia el gabinete de Berlin lo mismo que sembró, y encontraba la misma fidelidad que él habia mostrado; pero aun ignoraba Napoleon las negociaciones entabladas sigilosamente con Rusia por mediacion del duque de Brunswick y Mr. de Hardenberg:

Así es, que aunque sin esplicarse del todo, se dió á entender á lord Yarmouth que la paz no estribaba en lo del Hannover, y este se puso en marcha, prometiendo no tardaria en regresar así que supiese las intenciones de Mr. Fox.

Un acontecimiento muy particular, que por algunos dias dió á las cosas un aspecto de guerra, contribuyó por el contrario á inclinar la balanza

hacia la paz, precipitando las resoluciones del gabinete ruso. Las tropas francesas, que debían ocupar la Dalmacia, se apresuraron á ponerse en marcha hacia las bocas del Cattaro, para evitar el peligro de que se hallaban amenazados; pero los montenegrinos, cuyo obispo así como los principales gefes vivían de la liberalidad de la Rusia, se conmovieron al saber que los franceses se hallaban cerca, y llamaron al almirante Siniavin, que fué el que trasportó de Corfú á Nápoles, y de Nápoles á Corfú, á los rusos encargados en invadir el Mediodía de Italia. Así que supo dicho almirante que se presentaba una ocasión de apoderarse de las bocas del Cattaro, se apresuró á embarcar algunos centenares de rusos, agregó á ellos una tropa de montenegrinos, que se había descolgado de sus montes, y se presentó al frente de los fuertes, los cuales les entregaron un oficial austriaco que los ocupaba, y un comisario encargado por el Austria de devolverlos á los franceses. Para ello dijeron que habían tenido que ceder á fuerzas superiores: pero esto no tenía el menor fundamento, pues en los fuertes de Cattaro había dos batallones austriacos muy capaces de defenderlos, aun contra un ejército regular que hubiera tenido á su disposición los medios para poner un sitio, medios de que carecían los rusos. Semejante perfidia se debió mas que á nadie al comisario austriaco, marqués de Ghisilieri, italiano muy astuto, á quien despues reprendió su gobierno, encausándolo por aquel acto de deslealtad.

Cuando se supo en París por un correo extraordinario este suceso, Napoleon se disgustó en gran manera, porque tenía sumo empeño en apo-

derarse de las bocas del Cattaro, no por las ventajas reales y efectivas de aquella posición marítima, sino porque estaba inmediata á Turquía, sobre la cual podía ejercer acción protectora ó represiva, desde las espresadas bocas. Empero la pegó exclusivamente con el gabinete de Viena, pues este era el que debía entregarle el territorio de Dalmacia, y el único responsable de que no se hubiese verificado la entrega. En consecuencia mandó Napoleon al mariscal Soult, que estaba para pasar el Inn con su cuerpo y evacuar á Braunau, que se situase allí y la convirtiese en una verdadera plaza de armas: y al mismo tiempo declaró á Austria que las tropas francesas iban á deshacer lo andado, que los prisioneros austriacos, que se hallaban en marcha para regresar á su patria, iban á ser detenidos, y que si era preciso llegarían las cosas hasta renovar las hostilidades, á menos que no le diesen una de las dos satisfacciones siguientes: ó la restitución inmediata de las bocas del Cattaro, ó el envío de una fuerza militar austriaca para que las recobrará de los rusos en union con los franceses.

Esta segunda alternativa le convenía tanto como la otra, pues tenía por objeto indisponer al Austria con la Rusia.

Cuando llegaron á Viena estas declaraciones, hechas con el tono perentorio de que solía usar Napoleon, causaron gran sentimiento, pues el gabinete austriaco no había tenido parte en aquella infidelidad de un empleado subalterno, y este obró sin orden de nadie, creyendo complacería á su gobierno si trataba con perfidia á los franceses. Sin pérdida de momento participó la corte de Vie-

na á la de San Petersburgo los peligros á que se hallaba espuesta Austria, y declaró al emperador Alejandro que no queriendo en manera alguna volver á ver á los franceses en Viena, mejor que consentirlo se vería en la dura necesidad de atacar á los rusos en los fuertes de Cattaro.

El almirante Siniavin tambien obró sin órdenes de su gobierno, ni mas ni menos que el marqués de Ghisilieri, de suerte que Alejandro sintió la situacion en que habian colocado á su aliado el emperador Francisco, y en la que él se hallaba, sin saber si debía devolver los fuertes ó quedarse con ellos. Cada vez le importunaban mas con sus instancias sus jóvenes amigos, quienes continuamente le estaban hablando de que debía persistir en su línea de conducta, le tenian inquieto las negociaciones entabladas por la Inglaterra con Napoleon, y aunque aquella nacion rompió al fin el silencio que hubo de guardar durante la crisis ministerial, desconfiaba de sus aliados, mostrándose inclinado á seguir el ejemplo general, y unirse á Francia. En su consecuencia, se aprovechó hasta de lo de las bocas del Cattaro, que mas bien suministraba ocasion para entrar en guerra que para hacer las paces, á fin de entablar una negociacion pacífica, y como tuviese á mano á Mr. de Oubril, secretario que fué de la legacion rusa en París, y que se portó á satisfaccion de ambos gobiernos, y conocia muy bien á Francia, mandó se trasladase á Viena y pidiese allí pasaporte para París. El pretesto ostensible debía ser ocuparse de los prisioneros rusos; pero en realidad era tratar del negocio de las bocas del Cattaro y comprender en un reglamento general todas las

cuestiones que habian dividido á los dos imperios Mr. de Oubril tenia orden de retardar todo el tiempo posible la restitution de las bocas del Cattaro, cediéndolas sin embargo, si no habia medio de impedir la continuacion de hostilidades contra el Austria, y de arreglar sobre todo el restablecimiento de una paz honrosa, entre la Rusia y la Francia. Seria honrosa, se le decia, si se obtuviese alguna cosa, cualquiera que fuese, para los dos protegidos del gabinete ruso, los reyes de Nápoles y el Piamonte, pues con respecto á lo demás, los dos imperios nada tenian que disputarse uno á otro, y solo se hacian una guerra de influencia. Antes de partir Mr. de Oubril, habló con el emperador Alejandro, y conoció que este príncipe se inclinaba á la paz, mucho mas que el ministerio ruso, el cual titubeaba y estaba por otra parte para hacer dimision. Inclínose, pues, á seguir el partido de su rey, de quien llevaba dobles poderes, unos limitados y otros completos, que abrazaban todas las cuestiones que se tenian que resolver, y órdenes de ponerse de acuerdo con el negociador inglés acerca de las condiciones de paz, pero sin exigir una negociacion colectiva, lo que decidia las dificultades promovidas entre la Francia y la Inglaterra.

Mr. de Oubril partió para Viena, y con su presencia volvió la calma al emperador Francisco, quien temia volver á ver á los franceses, ó tener que combatir con los rusos. La segunda alternativa le asustaba mucho menos que la primera, por lo cual habia dirigido un cuerpo austriaco hácia las bocas del Cattaro con orden de apoyar en caso necesario á las tropas francesas;

pero Mr. de Oubril le tranquilizó mostrándole sus poderes, y haciéndole pedir pasaporte por conducto del conde de Rasomousky, con objeto de llegar lo mas pronto posible á Paris.

Napoleon quiso que sin tardanza y favorablemente se respondiese á la peticion de Mr. de Oubril, teniendo al mismo tiempo cuidado de distinguir el negocio de las bocas del Cattaro y el del restablecimiento de la paz. Le manifestó que las bocas del Cattaro no podian ser objeto de ninguna negociacion, pues se trataba de un compromiso de Austria no puesto aun en ejecucion y sobre el cual no habia porque disputar con Rusia. En cuanto á las negociaciones de paz, estaba pronto á escuchar con el mayor gusto las proposiciones de Mr. de Oubril, pues deseaba terminar una guerra sin objeto y sin interés para ambos imperios, por lo cual se espidieron inmediatamente á Mr. de Oubril sus pasaportes para Viena.

Napoleon veia al Austria fatigada con tres guerras, y tratando de evitar cualquier hostilidad contra la Francia; á Rusia disgustada de una lucha harto ligeramente emprendida, y resuelta á no prolongarla; á Inglaterra satisfecha de sus victorias marítimas, y en la creencia de que no merecia la pena esponerse nuevamente á alguna expedicion formidable; y á Prusia, finalmente decaida en la opinion de todos, y en este estado el mundo entero deseando ó conservar ú obtener la paz, con condiciones que si no habian definido con claridad, constituian, cualesquiera que fuesen, á Francia en la primera potencia del universo.

Napoleon estaba muy contento con aquel estado de cosas, y no tenia ganas de comprometerlo

ni aun para conseguir nuevas victorias; pero meditaba vastos proyectos, en la esperanza de que se desprenderian inmediata y naturalmente del tratado de Presburgo. Tan fáciles le parecian aquellos proyectos, que creyendo podria realizarlos sin demora, esperaba fuesen comprendidos en la doble paz que estaba negociando con Rusia é Inglaterra, en cuyo caso quedaria constituido su imperio de un modo definitivo, tal como lo habia concebido en su vasta imaginacion, y la Europa lo aceptaria. Conseguido esto, miraba la paz como complemento y ratificacion de su obra, y siendo, segun ya habia dicho á Mr. Fox, hombre á quien tambien gustaban las dulzuras del descanso, con la poderosa movilidad de su alma, tan dispuesto se hallaba á disfrutar los gozes que proporciona la paz y la gloria de las artes útiles, como á trasladarse á los campos de batalla, para acampar sobre la nieve, en medio de las filas de sus soldados.

Lord Yarmouth, regresó de Lóndres con una carta particular de Mr. Fox, que atestiguaba poseia toda la confianza de aquel ministro, y que podian hablarle sin reserva; pero ademas se decia en dicha carta que lord Yarmouth recibiria poderes asi que hubiese fundadas esperanzas de que se entendian unos y otros. En consecuencia le instruyó Mr. de Talleyrand de las comunicaciones que habia entablado con Rusia, con lo cual le le probó lo inútil que era reclamar una negociacion colectiva, puesto que Rusia se presentaba á negociar por separado. En cuanto á la pretension de Inglaterra, de que no la escluyesen de los asuntos del continente, Mr. de Talleyrand ofreció

á lord Yarmouth reconocer de un modo oficial *de-recho de intervencion y garantía en los negocios continentales y marítimos, para ambas potencias* (1). Así la cuestion sobre negociar por separado parecia que solo era una, y las condiciones de la paz no presentaban dificultades insuperables. Inglaterra queria conservar á Malta y el Cabo, y manifestaba deseos de quedarse con los establecimientos comerciales que teniamos en la India tales como Chandernagor y Pondichery, las islas francesas de Tabago y Santa Lucia y sobre todo la colonia holandesa de Surinam situada en el continente americano. Entre aquellas diferentes posesiones, solo Surinam era de importancia, pues Pondichery eran restos inútiles de nuestro poderio en la India, y Tabago y Santa Lucia no tenian bastante valor para negarlos, no hablando tampoco Inglaterra de un modo absoluto con respecto á Surinam. En cuanto á nuestras conquistas marítimas, estaba dispuesta á concedérnoslas todas, sin exceptuar á Génova, Venecia, la Dalmacia y Nápoles. Lo único en que al parecer habia dificultad era sobre Sicilia, pues en sus esplicaciones confidentiales, dijo lord Yarmouth que estaban cansados de proteger á los Borbones de Nápoles, esto es á un rey imbécil y á una reina loca; que sin embargo de esto, si se quedaban de hecho con Sicilia, puesto que aun no la habia conquistado José, tendria Inglaterra que pedirla para ellos, pero que esta era una cuestion que dependia del resultado que tuviesen las operaciones militares emprendidas á la sazón. En caso no obstante, de

(1) Palabras textuales.

que les quitásemos la Sicilia, añadió lord Yarmouth que era preciso indemnizarlos en alguna otra parte, en la inteligencia de que en pago de todas aquellas concesiones, devolveriamos á Inglaterra el Hannover; pero tanto uno como otro guardaron cierta reserva, sin hablar formalmente de esto último.

La Sicilia era, pues, la única dificultad seria, y aun la conquista inmediata de la isla, sin perjuicio de una indemnizacion que lo arreglase todo, fuese ó no insignificante. Ademas se habian enviado los pasaportes á Mr. de Oubril, y aunque no se sabia qué pretensiones llevaria no debian diferenciarse mucho de las de los ingleses.

Napoleon vió claramente que si no precipitaba las negociaciones, y aceleraba, por el contrario, la ejecucion de sus proyectos, conseguiria el doble objeto de constituir su imperio segun queria y asegurarle con el afianzamiento de la paz general.

Ya desde el principio, prefiriendo el titulo de emperador al de rey, ideó un vasto sistema de imperio, del cual dependiesen reyes tributarios, á imitacion del imperio germánico, imperio tan decayido que solo existia ya en el nombre, y que despertaba intenciones de reemplazarlo en Europa. Las últimas victorias de Napoleon exaltaron su imaginacion, y soñaba nada menos que con resucitar el imperio de Occidente, poniendo en sus sienes la corona y restableciéndolo de este modo en beneficio de la Francia. Para ello no faltaban reinos tributarios que poder distribuir entre los miembros de la familia de Bonaparte, pues Eugenio de Beauharnais, hijo adoptivo y esposo de

una princesa de Baviera, ya era virey de Italia, y este vireinato abarcaba la mitad mas importante de la península itálica, puesto que se estendia desde Toscana hasta los Alpes Julianos. José, hermano mayor de Napoleon, estaba designado para rey de Nápoles, y no habia mas que proporcionarle la Sicilia para que poseyese uno de los reinos mas bellos de segundo órden. Holanda, que se regia bastante mal en república, se hallaba bajo la dependencia absoluta de Napoleon, y creia que podria atraerla á su sistema constituyéndola en reino, y dándola á su hermano Luis, con lo cual dependerian de su imperio por derechos de soberania tres reinos, el de Italia, el de Nápoles y el de Holanda. Algunas veces, cuando estendia mas aun el sueño de su grandeza, pensaba en España y Portugal, en la primera de las cuales veia signos de una hostilidad oculta, y en la segunda de una hostilidad manifiesta; pero esto distaba mucho todavía del vasto horizonte de su pensamiento, y era preciso que la Europa le obligase á dar otro golpe como el de Austerlitz, para espulsar completamente á la casa de Borbon. Sin embargo es cierto que dicha espulsion empezaba á convertirse para él en idea sistemática, y que desde que se decidió á proclamar el destronamiento de los Borbones de Nápoles, consideraba á la familia de Bonaparte como destinada á reemplazar á la casa de Borbon en todos los tronos del Mediodía de Europa.

En aquella vasta gerarquía de estados tributarios dependientes del imperio francés, queria que hubiese un segundo y tercer rango, compuestos de grandes y pequeños ducados, con arreglo

al modelo de los feudatarios del imperio germánico. Ya habia constituido, pues, en beneficio de su hermana mayor el ducado de Luca, que se proponia agrandar añadiéndole el principado de Massa, desmembrado del reino de Italia, y pensaba crear otro, esto es, el de Guastalla, desmembrándolo tambien del reino de Italia, desmembraciones ambas muy insignificantes, en comparacion de lo que se aumentaba aquel reino con los Estados venecianos. Napoleon acababa de obtener de Prusia á Neufchatel, Anspach y los restos del ducado de Cleves, dando Anspach á Baviera para hacerse con el ducado de Berg, pais muy bonito, situado á la derecha del Rhin, por bajo de Colonia, y que comprendia la importante plaza de Wesel, *brida*, segun decia Napoleon, así como Strasburgo y Maguncia, del Rhin.

Habia tambien en la Italia alta, Parma y Placencia, y en el reino de Nápoles, Puente Corvo y Benavente, paises tributarios que disputaban entre sí Nápoles y el papa, quien en aquel mismo momento hacia lo posible por descontentarle. Pio VII no llevó de París las satisfacciones que aguardaba, y aunque le lisongeaban no poco las atenciones que le dispensaba Napoleon, se habian disminuido las esperanzas que tenia de que le indemnizase por las pérdidas de territorio que hubo de sufrir. A mas de esto, el haber invadido los franceses toda la Italia, puesto que se estendian desde los Alpes Julianos, hasta el estrecho de Messina, le pareció que completaba la dependencia de los Estados romanos, de suerte que estaba desesperado, y lo demostraba por cuantos medios podia, no queriendo organizar la iglesia de Ale-